

DEBATE

Argentina fue la cuna de la educación en América Latina, pero sus aulas se han debilitado y viven en un reino de confusión. Es hora de reflexión y acción profunda.

Es hora de discutir sobre educación con el mismo fervor que lo hacemos por el fútbol o la política.

Revivir las aulas hace un diagnóstico del estado de la educación en nuestro país y propone posibles alternativas para ganar la batalla educativa y prepararnos para el nuevo mundo que viene.

Axel Rivas viajó por casi todas las provincias argentinas e investigó sistemas educativos diversos: Finlandia, Corea del Sur, Cuba, Chile, entre otros. Miró las pedagogías, la docencia y el papel del Estado en la distribución de la riqueza. Analizó los inciertos cambios culturales y tecnológicos que buscan revoluciones educativas. Todo lo miró desde el lugar de los alumnos, la perspectiva desde donde siempre habría que observar la educación.

Este es un libro lleno de esperanza: se puede cambiar la educación. Es la hora de la docencia, de la justicia educativa para enfrentar esta sociedad despiadada. Es tiempo de que un país entero mire a sus aulas para revivirlas.

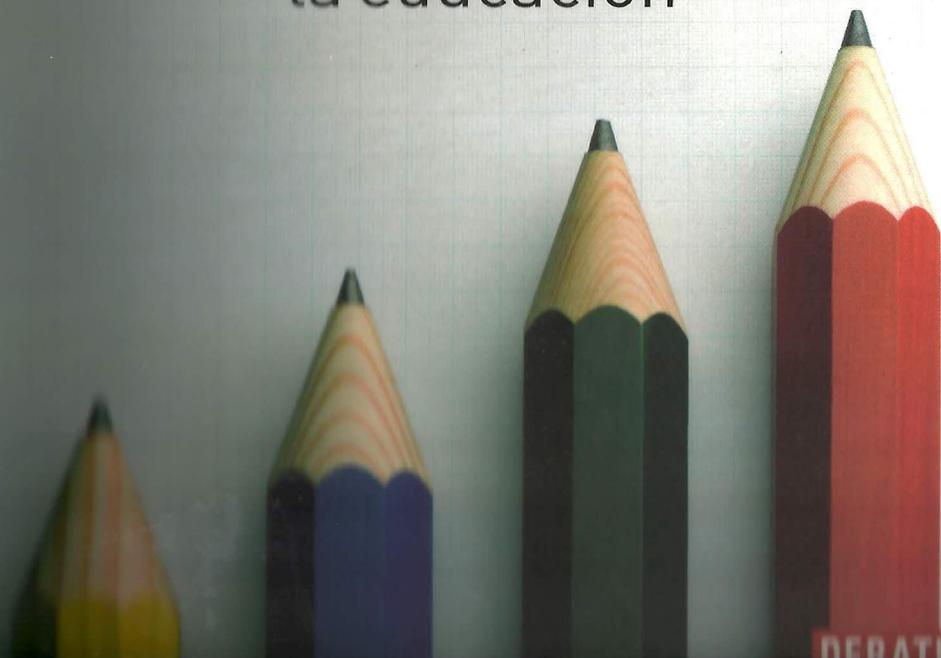
Axel Rivas
Revivir las aulas

*"Necesitamos cambiar la educación.
Este libro es el primer gran paso para lograrlo. Del aula al mundo."*

Estanislao Bachrach, autor de *ÁGILMENTE*

Axel Rivas Revivir las aulas

Un libro para cambiar
la educación



ISBN 978-987-1786-87-9



www.megustaleer.com.ar
El libro que leer Argentina

DEBATE

DEBATE

VI. ¿Para qué ser docente hoy?

LA GRAN BATALLA DE LA DOCENCIA

¿En qué piensan los docentes mientras van de sus casas a las escuelas? ¿Qué esperan del día? ¿Qué sienten que puede ocurrir? ¿Con qué van a encontrarse? ¿Qué sabores tendrán los temas que trabajarán? ¿Qué tan lento o rápido esperan que sea el día para volver a sus casas?

Éstas son las preguntas que definen el futuro de la educación. Multiplicadas por ochocientos mil docentes en todo el país. Un verdadero ejército invisible. De sus subjetividades, sus deseos, sus conocimientos, de su estado de ser en las escuelas depende buena parte del futuro del país.

La evidencia de la investigación es contundente: dar clases requiere poner el cuerpo y el corazón en las aulas. No se puede automatizar. La docencia es un oficio de interacciones en microsegundos con decenas de alumnos que lo están observando todo. Ser docente es estar bajo juicio constante.

La docencia es un trabajo que requiere altísimos niveles de participación de todas las zonas del cerebro. Se activan las habilidades reflexivas, afectivas, las reacciones rápidas, la memoria, las expresiones faciales, la sinestesia, la presencia del cuerpo y

sus movimientos a la par del lenguaje para dar sentido a la enseñanza.

La responsabilidad es inmensa. Frente a los docentes hay niños susceptibles de verse heridos por un gesto de desprecio. O adolescentes que no querrán por años volver a leer de física o quizás jamás por el sinsabor de un curso. O lo contrario: la iluminación de vidas enteras.

Muchos proponen cambiar la docencia con un golpe mágico de timón. Creando nuevos incentivos. Por todo el mundo dan vueltas las mismas propuestas: pagar a los docentes por resultados, evaluarlos y ponerles presión para que mejoren.

Quienes han estudiado las reformas educativas del mundo muestran que los países que mejoraron la calidad no lo hicieron con presión negativa sobre sus docentes.⁴¹ Hacerlo implica ignorar la piedra basal de la docencia: el deseo de ir cada día a la escuela, la pasión de enseñar.

Hay que entender la gran transformación que atravesaron las aulas en la Argentina durante los últimos veinte años. Como dijimos, se vivió una caída institucional atravesada por la ruptura de los lazos sociales. Todo lo automatizado, regularizado, serializado, todo lo que era vivido como en un ciclo de autoridad y formalidad se vino abajo. La vida en las aulas se volvió dispersa, variable, incierta.

En las espaldas docentes ha caído una pesada mochila. Hay que visitar las aulas para experimentarlo. Hay que ver a los docentes pagando las fotocopias de sus alumnos o haciendo rifas para que tengan ropa cuando hace frío. Hay que ver lo que se siente en las escuelas secundarias cuando buena parte de los

⁴¹ Fullan, M. (2010), *All systems go: The change imperative for whole system reform*. Thousand Oaks: SAGE.

alumnos no mira al profesor o cuando en las escuelas de contextos críticos sólo esperan por el comedor porque les cruje el estómago. Es un sentimiento de despojo pedagógico.

Especialistas en neurociencias indican que existen tres tipos de estrés: el positivo, el tolerable y el tóxico.⁴² Esta distinción es determinante para el futuro de la política educativa y de nuestras visiones sobre la docencia.

Las presiones negativas son aquellas que acusan a los docentes de incapaces o que les meten presión para cobrar un plus salarial, son caminos hacia el estrés tóxico. Impiden actuar, generan desconcierto. Alientan al abandono masivo de la docencia, dejando las aulas o quedándose en ellas pero ya sin fuerzas pedagógicas para responder.

Necesitamos motivar e inspirar a la docencia. No condenarla.

Algunos lo han estado intentando. Un ejemplo fue el caso de Santa Fe bajo el gobierno socialista. Se hizo un gran trabajo para apoyar a la docencia. Se mejoraron los salarios, los puestos de trabajo; se atendió por teléfono cada problema individual, dando respuesta humana donde en general hay una burocracia anónima; se agilizaron los trámites que consumen el tiempo escaso de los docentes; se abrió un paquete de beneficios culturales; se innovó en la capacitación.

Santa Fe no es el único camino, pero al menos partió de una realidad abrumadora. La realidad de los que conocen las aulas. Sólo con diagnósticos rigurosos podemos empezar a entender por qué aumentó tanto el ausentismo docente y el pase a tareas pasivas, es decir otras actividades menos pesadas en las escuelas.

⁴² National Scientific Council on the Developing Child (2005), "Excessive Stress Disrupts the Architecture of the Developing Brain". En www.developingchild.net.

Incluso en muchos casos se fracturó el colectivo docente. El ausentismo castiga al colega que tiene que cubrir las horas cuando no llega el suplente a tiempo. Genera un sentimiento de abandono, un sálvese quien pueda. Algunos ni avisan que van a faltar: los alumnos se enteran en las aulas. Después no sorprende que ellos mismos falten. El valor de la rutina escolar se diluye como agua entre las manos. En las pruebas PISA del año 2012 un dato comparado da dimensión de la situación: la Argentina fue el país con mayor nivel de ausentismo de los alumnos entre los 65 participantes. Ante la pregunta acerca de si habían faltado algún día en las dos semanas previas a la prueba, solo el 40% respondió que no.

En estudios que hemos hecho sobre el ausentismo docente en Cippec detectamos que había escuelas donde reina la anomia, con tasas de más del 30% de ausentismo, mientras una gran proporción de las escuelas tenía menos del 10%. Hay mucha diferencia según escuelas. Es el imperio de un sistema fragmentado.

Los docentes se ausentan por una causa central: el cuerpo les pide una pausa. Lo somatizaron todo. Y se ausentan mucho más en las escuelas con pobres liderazgos, sin suficiente compromiso por el prójimo. Por eso es necesario recrear los colectivos docentes institucionales, el armado de equipos, la recreación de la alegría de la docencia, la presión positiva por enseñar y aprender.

Los verdaderos cambios vendrán desde la política educativa, como se propone en el capítulo VIII. Pero no sólo de allí. Este capítulo habla a los docentes. Es un sendero entre muchos para la gran respuesta pedagógica que puede revivir las aulas y cambiar el mundo de los alumnos.

CORRE, ESCUELA, EL VIEJO MUNDO ESTÁ DETRÁS

Vivimos en un mundo paradójico. En los últimos treinta años se ha vuelto mucho más desigual y a la vez nos ha abierto las puertas al conocimiento como nunca antes en la historia de la humanidad. Desde 1980 la desigualdad en el mundo ha aumentado hasta niveles escandalosos, pero también han crecido las vías para construir saberes de formas jamás imaginadas. Esas vías guardan un secreto pedagógico: tenemos a nuestro alcance nuevas armas de construcción masiva del aprendizaje.

La cuarta revolución educativa es una ola inmensa de conocimientos dispersos. Debemos subirnos a ellos, domarlos. Las escuelas deben aprender a navegar y hacer sentido de todo aquello que las rodea. Me gusta pensar en los docentes como "propagadores de sentido". La gran dispersión de información necesita organizadores, expertos en dar sentido y en comunicarlo. ¿No es ésa una tarea apasionante?

Se puede empezar aprovechando la potencia de las imágenes. Hay millones de videos en internet. Están esperando por los docentes.

Poco tiempo atrás estaba mirando el documental *Apocalipsis* en el canal Encuentro. La larga trama que relataba en imágenes la Segunda Guerra Mundial me dejó devastado. Un vacío se apoderó de mí. Había sentido de alguna forma la pérdida de millones de vidas. ¿Cómo no sentir un agujero en nuestra existencia después de semejante experiencia?

¿Basta con leer en un libro de texto para entender qué pasó en la Segunda Guerra? ¿No es hora de usar el inmenso archivo de imágenes a nuestra disposición para cambiar la enseñanza, para ampliarla, para darle una nueva vida?

Hay algo perturbador en las imágenes. Hay algo que nos acerca como ninguna otra fuerza al aprendizaje. En las imágenes

con sentido, con contexto, con posibilidad de abrir puertas. Esas imágenes nos marcan y dan vida al conocimiento profundo.

El aprendizaje no es algo externo, toma cuerpo, se interioriza, recorre nuestros más íntimos sentimientos hasta nublarse en nuestra memoria. Las imágenes pueden alimentarlo. Esos conocimientos pueden cambiar el mundo, pero necesitan de los propagadores de sentido. Las imágenes necesitan docentes que les den forma, un relato, un texto, una continuidad.

La cercanía del océano interminable de videos, documentos, textos, archivos y música nos abre un mundo nuevo. La llegada de las netbooks y de internet a las escuelas y hogares brinda una oportunidad insospechada. Tenemos pantallas dentro del aula y esperemos que muy pronto todas las escuelas tengan acceso a internet. Es imperioso que los gobiernos garanticen este desafío en el corto plazo.

Se podrán hacer experiencias innovadoras con el acceso universal a internet. Por ejemplo, las "clases invertidas" (*flipped classroom*), una nueva moda internacional de la educación. Los docentes reemplazan la teoría dictada por ellos en clase por la visualización en el hogar de videos especialmente seleccionados de profesores expertos. La clase presencial se ocupa, entonces, de ejercitar la práctica. La clase invertida es "teoría en el hogar y práctica en clase", justo al revés del aula tradicional.

Un ejemplo: se manda como tarea ver una clase inspiradora de análisis estadístico, quizás acompañada de algún video del magnífico sanitarista sueco Hans Rosling. Al día siguiente el profesor de matemática parte de la base explicada en los videos y trabaja con cada alumno en ejercicios, siguiendo un ritmo más personalizado. La idea es que la teoría es mucho mejor en manos de expertos y que la práctica es irremplazable en manos de docentes que conocen a cada uno de sus alumnos.

Esto está recién comenzando. La ola que abrió internet es

solo un paso a la inmensidad del saber. Podremos visitar los más hermosos museos del mundo en tiempo real. Junto a alumnos de otros países del mundo, comentando los cuadros que vemos al mismo tiempo. Podremos realizar experimentos de química a un costo casi nulo con simuladores. Podremos vivir experiencias de aprendizaje, no sólo leer sobre ellas.

Es cierto que hay muchos que quedan atrás en el cambio tecnológico. Hay escuelas que todavía no tienen electricidad y alumnos con carencias básicas. Las ilusiones tecnológicas pueden ser grandes distractores y grandes negocios. Todo dependerá de la docencia. Es tiempo de propagar sentido en un mundo desbordado de información.

LA HORA DE LA PEDAGOGÍA

Hay que circular un rumor en las escuelas: la pedagogía está de vuelta. No hay mejor antídoto contra todos los males y las dudas que han tocado el círculo sagrado de las aulas. Es hora de hablar de pedagogía en las escuelas. No es que no se haga, pero debería hacerse mucho más.

¿Qué es hablar de pedagogía? Es salir del aula, donde han quedado encerrados muchos docentes, como islas del sistema.

La recuperación económica de la Argentina, sumada a las mejoras en la inversión educativa y el plafón de los avances conquistados en diversos terrenos educativos marcan la necesidad de una nueva hora pedagógica. Lo que pasa en las aulas ya no puede quedar sólo a la espera de cambios sociales o nuevas reformas educativas.

Necesitamos pedagogías potentes que respondan a todo lo que encuentran en las escuelas. A los excluidos, a los reclusos, a los malcriados, a los mal diagnosticados, a los débiles y a los fuertes. A todo tipo de padres y contextos. A las batallas sociales

de los barrios y a los espacios de encuentro y solidaridad que perduran. A todo hay que darle respuesta en el terreno de la enseñanza.

¿Cómo? Se puede empezar por mirar las propias clases. Por abrir la puerta del aula e invitar a los colegas, a los directivos, a los supervisores, a los capacitadores. Tenemos a nuestro alcance una tecnología que hace algunos años era para unos pocos: la posibilidad de filmar nuestras clases. Ya casi cualquier celular puede servir a tal propósito.

Filmar las clases para verse con los ojos de los alumnos. No hay experiencia pedagógica más reveladora que verse dando clases. No hay forma de ser el mismo una vez que uno se ve con ojos externos. Con la asistencia de nuestros colegas y formadores pueden tomar vida las reflexiones cruzadas, la conversación pedagógica.

La enseñanza debe ser un oficio colaborativo. Funciona en equipo, no en soledad. No hay mejor secreto pedagógico que el que se cuenta y se expande como un virus entre las escuelas. La mejor señal de vida de un sistema educativo es su horizontalidad. Su diálogo interno. Crear circuitos locales de comunicación de prácticas, sacar las experiencias del anonimato, llevarlas a otros.

El supervisor de escuelas es un agente privilegiado y las nuevas tecnologías colaborativas nos prestan una gran mano. ¿Por qué no circular las mejores clases, las que funcionan, las que hacen sentido en los alumnos? ¿Por qué no dedicarse con los directivos de cada escuela a aprender de los docentes, a sistematizar saberes prácticos, a llevarlos a otros?

Sólo si se consigue esta reflexión pedagógica son posibles dos movimientos inevitables de un sistema educativo vivo: la mejora y la transformación.

Muchas disciplinas, artes o profesiones sólo pueden domi-

narse luego de diez mil horas de entrenamiento y práctica.⁴³ Ser bailarina o pianista profesional requiere ese tiempo. Menos horas no serían suficientes. Más sin lograrlo indicarían que no hubo esfuerzo, revisión de la práctica o formación del oficio a través de la mejora constante.

En la docencia pasa exactamente lo mismo. Diez mil horas equivalen a unos siete años de docencia. Durante esos años iniciales todo debería ser nutritivo. Aprender sobre la práctica, repensar las clases, la forma de planificar. Ver qué funciona y qué no, visitar al docente de al lado. Leer e incorporar nuevos desarrollos didácticos. Usar las tecnologías para potenciar la enseñanza.

A los siete años de experiencia debería llegar el pico profesional docente. La etapa de dominio de la pedagogía. El saber cómo aprenden realmente los alumnos. La maestría docente. Esos docentes, en su pico, deberían ser referentes de los nuevos docentes, capacitadores en territorio, faros pedagógicos.

Pero cuidado, si no se revisa la práctica, la mera cantidad de horas de experiencia no es un indicador de mejora. Hay que instalar un alerta constante de búsqueda didáctica. Una clínica de prácticas en cada escuela. Un laboratorio pedagógico permanente en cada distrito.

A veces se necesita un momento revelador para la toma de conciencia. Una anécdota de un colegio secundario que me relataron es ilustrativa. Una profesora de biología le decía a la rectora que hacía más de veinte años que daba clases y que sus alumnos se aburrían, no la miraban, no aprendían. La rectora le pidió que trabajara con dos jóvenes colaboradores que tenía la escuela: un cineasta y una licenciada en letras. Fueron al laboratorio de ciencias

⁴³ Gladwell, M. (2009), *Outliers. The story of success*, Penguin, Londres.

por primera vez después de años, filmaron experimentos, apoyaron la escritura de los alumnos, hicieron nuevas mezclas pedagógicas.

La profesora revivió. Emocionada hasta las lágrimas le dijo a la rectora que por primera vez sentía que se podía enseñar, que sus alumnos volvían con ganas a su clase, que querían aprender.

Todas las investigaciones indican que los mayores aprendizajes didácticos de los docentes se dan en la práctica concreta, una vez que empiezan a enseñar. Sus mejores docentes son sus colegas. El primer profesor que acompaña una residencia, la asesora pedagógica que trabaja en capacitación en servicio, las lecciones que llegan del aula de al lado cuando en la propia reina el silencio y las paredes nos cuentan la pedagogía del vecino.

Puede parecer simple, pero si todo docente del país hablase de sus buenas y malas clases con sus colegas y todo directivo crease espacios de discusión colectiva de la didáctica, las transformaciones educativas serían inconmensurables. Quién sabe cuánto crecería el PBI o la equidad social si esto fuese medible. Y si la práctica del diálogo pedagógico se metiese en la piel del sistema, la mejora sería incesante.

EL IMPERIO CONTRAATAACA

Vivimos en sociedades llenas de armas que trabajan sobre nuestras conciencias. Armas que están diseñadas para manipularnos, convencernos, afiliarnos, vendernos. No buscan lo mejor para nosotros sino para quienes las diseñan. Son la contracara de la educación, porque necesitan personas suaves de mente para conquistarlas a menor costo.

Frente a este imperio que domina las mentes de nuestros alumnos hay otro imperio: el sistema educativo. Es gigantesco. Es hora de contraatacar, de usar sus fuerzas dormidas, de tomar la vanguardia. Una propuesta concreta es crear un dispositivo

de respuesta educativa, aplicable en las aulas, las escuelas y en la escala del sistema.

Este dispositivo es un arma limpia, un arma pedagógica. Es un arma porque busca cambiar la realidad. Es un arma porque busca armar a los alumnos, animarlos, llenarlos de conocimientos para actuar en el mundo real.

Marcelo Tinelli, un gran conquistador de las conciencias, acuñó un concepto sugerente: "Si sucede, conviene". Quiere decir que si hay un escándalo en su programa, él no es el responsable, pero ¿por qué no aprovecharlo si vende, si da rating? Claro, todos saben que los escándalos son preparados o provocados, porque eso es lo que atrae visceralmente a la audiencia.

¿Por qué no crear un dispositivo que se base en un "si sucede conviene educativo"? Para elevar la voz educativa en la sociedad. Para no mirar silenciosamente la televisión o cualquier otro medio que llega a las mentes de nuestros alumnos. Para responder pedagógicamente.

El dispositivo de respuesta educativa se propone pedagogizar todo lo que afecte las condiciones de aprendizaje de nuestros alumnos. "Pedagogizar" es un verbo raro. Indica la acción de traducir un fenómeno cualquiera a un formato enseñable. Puede ser algo clásico para las escuelas: la geometría. Pedagogizarlo quiere decir volverlo enseñable.

No sólo se pueden pedagogizar todos los contenidos de las ciencias. También se puede hacer lo mismo con situaciones cotidianas. Con un programa de televisión que la mayoría de los alumnos vea. O las canciones de un grupo de música de moda. O las nuevas formas de escritura en las redes sociales. Lo que sea. Pero que sea importante, que deje marcas en nuestros alumnos, porque son esas mismas fuerzas en curso las que pueden ser usadas en una onda expansiva para desarrollar nuevas formas de aprender.

Esas marcas pueden ser fascinantes. Podemos tomar la letra de una canción hermosa, una poesía que salga de un grupo de cumbia o de rock, una letra que abra las mentes. O pueden ser marcas denigrantes, manipuladoras, violentas, perversas, como la creación de escándalos para atraer rating, la cosificación de la mujer, los estereotipos discriminatorios contra la obesidad o la homosexualidad. Todo esto es material pedagógico.

En su operación, la traducción pedagógica debería tener sus propias reglas. Debe abrir mentes, permitir pensar, no imponer cosmovisiones dogmáticas. Debe formar pensamiento crítico, no bronca, no reacción directa. Reflexión, pausa, distancia para la comprensión, autonomía informada para crear visiones diversas. Que cada uno sea capaz de pensar y de defender sus ideas al mismo tiempo.

Debe permitir reconocer la situación de los sujetos discriminados, excluidos, agredidos o perturbados por aquello que sea motivo de análisis. Debe promover una batalla contra todo aquello que genere y aumente las desigualdades. Debe producir dignidad en masa.

Así como hay videos virales que se reproducen en millones, ¿no podríamos hacer clases ejemplares (en video, en escrito, en cualquier formato) que muestren cómo responder pedagógicamente a los que anulan o vulneran las capacidades de aprender?

Creo que los educadores tenemos mucho que aprender del marketing. La capacidad de vender, seducir y conocer a fondo a los clientes es un arte y una ciencia. Implica mirar las conductas de los demás, estudiar nichos específicos, hacer grupos focales para probar productos, encuestas de satisfacción. Es una industria enorme y hace magia. Nos entiende mejor que nadie y por eso es capaz de llegar con un producto para cada uno de nuestros más secretos deseos.

La educación también sabe mucho de sus sujetos, los alumnos.

Ésa fue la clave del nacimiento de las escuelas, en el siglo XVI. Sentar a grupos de alumnos de la misma edad durante todo un año con el mismo docente, de manera que éste pudiera llegar a conocerlos en profundidad. Sólo así era posible la conversión religiosa, objetivo final de la primera revolución educativa que dio nacimiento a las escuelas.

Pero desde la tercera revolución educativa, hace unos cuarenta años, todo comenzó a cambiar. Sabemos cada vez menos de nuestros alumnos. Qué sienten, qué piensan, qué disfrutan. En cierto sentido los docentes conocen mejor que nadie a sus alumnos y a la vez saben muy poco de ellos.

El dispositivo de respuesta educativa es un arma para enseñar con los saberes y hábitos culturales que cruzan la vida de los alumnos. Es un dispositivo que sirve para crear mentes fuertes, difíciles de manipular. Y también para acercar todos los contenidos del currículum a las vidas reales de los alumnos. Tomar lo que esté en las mentes de nuestros alumnos para enseñar mejor.

Es posible enseñar matemáticas con las estadísticas de los deportes que fanatizan a los jóvenes. Historia contemporánea a través de la evolución de los ídolos musicales de los jóvenes. Géneros literarios a través de las narrativas ocultas en los videojuegos.

Es algo así como un "contramarketing" educativo. Hay que aprender las reglas de seducción del marketing para formar mentes abiertas y reflexivas. No para vender productos o ideas.

Los contenidos curriculares están demasiado quietos, "contenidos", retenidos, dormidos. El dispositivo de respuesta educativa se propone dar vida a los "contenidos".

El sistema educativo es como un elefante dormido en la selva de las conciencias de nuestros alumnos. Ven todo tipo de "animales" reinando, dominando. Las estrellas de rock que llenan cada rincón de sus vidas. Los videojuegos que consumen adictivamente durante horas y horas. La televisión que los bus-

ca cada vez más desesperadamente en el “minuto a minuto” del rating.

El elefante dormido es lento y pesado. Tarda mucho en llegar a destino. Pero cuando se despierta nadie puede hacerle frente. Es fuerte e invencible. Es un imperio. Y cuando se echa a correr la tierra tiembla.

PRIMER GRADO: EL CORAZÓN DEL SISTEMA EDUCATIVO

Tenemos que hacer todos los esfuerzos para eliminar la concepción de la “sábana corta” de la enseñanza. Ésta es una tarea que empieza en la mente, el corazón y la pedagogía de los docentes.

¿Qué es la concepción “sábana corta”? Podemos ilustrarla con la película *La lista de Schindler*. Quienes la vieron o leyeron el libro recordarán la historia. Schindler fue un alemán que en medio del nazismo hizo esfuerzos denodados para salvar de la muerte a miles de judíos. Pero sabía que era imposible salvarlos a todos.

Traducido a las escuelas es algo así: “La vida de mis alumnos es demasiado dura. Mi tiempo es limitado, no puedo enseñarles a todos, pero haré mi mayor esfuerzo por salvar a los que pueda”.

Parece una concepción bastante heroica, como lo fue la vida de Schindler. Pero esconde un problema. Un problema con consecuencias. Un problema que está en el corazón invisible de nuestra forma de enseñanza.

Es una concepción que asume, de alguna forma, que tener un grupo de 25 a 35 alumnos de condiciones sociales variadas es incompatible con el aprendizaje del currículum fundamental. Es la idea de que la educación es una “sábana corta”, que no alcanza para cobijar a todos.

Por eso se traduce de forma constante en las aulas en un dilema. El dilema que rodea a la docencia contemporánea. El dilema insostenible de hacer repetir a un alumno o hacerlo pasar de año sin los conocimientos. Es tan potente este dilema que le podemos asignar una sigla: Repetición o Promoción Social, ROPS.

Las cifras de la repetición en la Argentina son altas, como es costumbre en América Latina. En primer grado más que en ningún otro en la primaria: un 8% repite. En algunas provincias llegan a ser más del 20%. En la secundaria es mucho más grave, en el tercer año repite el 16% de los alumnos.

Sabemos menos acerca de la cantidad exacta que promociona sin los aprendizajes suficientes. En entrevistas que he mantenido con docentes de primaria ha sido muy común encontrarme con frases como: con la vieja calidad sólo aprobarían diez de los treinta, si evaluase en serio la mitad repetiría. Si sumamos a los repitentes aquellos que promocionan sin conocimientos, vemos que ROPS es un problema gigantesco.

Como todo dilema, es difícil encontrarle salida. Por un lado, sabemos que la repetición no es la solución. La investigación local e internacional es abrumadora: la repetición del curso no mejora los aprendizajes.⁴⁴ Los alumnos que repiten, tienden a volver a repetir y son los que abandonan tempranamente la escuela secundaria. La repetición no funciona porque es una gran falacia conductista: ¿cómo podría uno aprender mejor repitiendo exactamente todo lo que hizo el año anterior?

Además, la repetición tiene un efecto interno invisible. Destruye subjetividades. La autoestima de un chico que repite que-

⁴⁴ Kit, I., Labate, H. y España, S. (2006) *Educación de calidad en tiempo oportuno: realidades y posibilidades para la población de 6 a 14 años en Argentina* (Mimeo), Asociación Civil Educación Para Todos, Buenos Aires.

da devastada. Las sombras de ese proceso interior tienen otras derivaciones: desprecio o temor a la escuela, sentimiento de inferioridad e incompreensión, burlas, desconexión del grupo de pares, ruptura de la socialización.

La repetición es la mayor marca de fracaso del sistema educativo. De sus limitaciones pedagógicas, cuando esto ocurre en primer grado, la señal que se envía desde las escuelas es que no hay lugar para todos. Ya sea porque la escuela no puede o, más grave aún, porque se piensa que hay niños que son incapaces de aprender.

En primer grado devastamos la subjetividad de uno de cada diez de nuestros alumnos en la Argentina. Cuando son recibidos por primera vez en la formalidad del aprendizaje. Porque muchos van al jardín, pero es en primer grado que se termina el juego. Se sientan todos el primer día de clases a hacer un trabajo. El trabajo escolar. A ellos, los recién llegados, no logramos sostenerlos ni siquiera un año abrigados por la paciencia de la enseñanza.

Claro, el otro extremo del dilema no es mucho mejor. La "promoción social" es el pasaje de grado sin los aprendizajes básicos. Esto también duele en la docencia. Duele la promoción social porque se sabe que esa falta de saberes se va a cobrar en la vida. Tarde o temprano. Nada es gratis. Aprender o no ciertos conocimientos, será central en su futuro.

Entonces, ¿qué hacer? ¿Cómo salir del dilema ROPS? El primer paso es abrir la gran compuerta pedagógica: buscar y buscar. No decir jamás que algunos no podrán aprender. Esta frase debe ser eliminada del lenguaje escolar.

La primera regla pedagógica debe ser: "todos pueden aprender". No es una aspiración de deseos. Es una realidad a conquistar. ¿Cómo? Personalizando la enseñanza.

Como lo hacen las buenas escuelas rurales, que saben traba-

jar con alumnos de diversas edades en la misma sala de clase. A veces con tareas grupales, a veces individuales, a veces dando espacio a los que les gusta leer o hablar o dibujar. Potenciar a cada uno en todas las formas de expresión para que no se sienta excluido por nuestras pedagogías.

Tenemos tan internalizadas nuestras bases pedagógicas que ya ni las podemos ver. La base fundamental es el método simultáneo: enseñar lo mismo a todos al mismo ritmo. Este modelo pedagógico lo heredamos de Francia como otros países latinos. Está pegado a nuestra piel.

Es un modelo de exclusión invisible. Deja afuera al que no llega a la vara. Por eso las pedagogías latinas tienen siempre altos índices de repitencia. Y en los países más desiguales, la repetición es mucho mayor. Es la forma de asignar al alumno la culpa por la falta de ideas pedagógicas alternativas.

El modelo opuesto es el de los países nórdicos europeos. Allí no hay repetición. Pero no por una orden del gobierno, sino porque no existe en el ADN pedagógico de los docentes.

Un estudio comparado sobre la educación infantil en Inglaterra, Finlandia y Dinamarca hizo hallazgos reveladores al visitar las aulas.⁴⁵ En Finlandia y Dinamarca los docentes tendían a "suavizar las diferencias" entre sus alumnos. Si algunos ya sabían leer no los ponían a hacer ejercicios solitarios para ir más lejos. Los ponían a aplicar sus saberes junto a otros chicos que todavía no leían. No los "retenían" para igualarlos. Los hacían expandir sus saberes compartiéndolos, no dejando a nadie atrás.

Son diferencias a veces imperceptibles pero fundamentales. No están en la cantidad de alumnos, el sueldo de los docentes

⁴⁵ OFSTED (2003), *The education of six years old in England, Finland and Denmark*, OFSTED, Londres.

o la infraestructura escolar. Están en el centro de las pedagogías. En cómo ve un docente a cada uno de sus alumnos. En qué sabe hacer con ellos para expandir todo su potencial como grupo y como individuos.

La salida del dilema ROPS está en la creencia invencible de la posibilidad de la enseñanza. Una vez que un maestro tiene esa convicción, la búsqueda de alternativas se vuelve un camino sin retorno. Ver clases de otros que funcionan, capacitarse, leer experiencias, probar y probar. No detenerse nunca hasta que todos los alumnos aprendan y pasen de grado.

Por eso el primer grado debe ser el corazón del sistema educativo. La gran recepción. En Finlandia me sorprendió ver que el primer grado era algo sagrado para el sistema educativo. Todos estaban pendientes de los chicos "nuevos", que entraban con ojos temblorosos ante la autoridad de las escuelas. Tenían a los mejores maestros, más apoyo que nadie y una pedagogía extraordinaria para enfrentar cualquier dilema.

El primer grado debe ser el bastión del sistema educativo. Debe ser el ejemplo a seguir. La demostración de que es posible enseñar a todos. Debe ser el lugar donde se llena a cada alumno con el abrigo de su futuro. El fomento de la autoestima puede hacer maravillas. Un alumno que se siente capaz desde la más temprana edad tendrá un destino mucho más amplio y variado sólo porque sus docentes confiaron en él.

Claro, todo esto es fácil de decir, pero lleva tiempo. Cada ejercicio pedagógico lleva tiempo de preparación, quedarse fuera de hora con otros docentes o con los alumnos para ver sus problemas, recibir a los padres, ir a capacitarse. Tiempo y esfuerzo. ¿Cómo hacerlo si cada docente tiene familia, ocupaciones diversas, una vida que no termina en la escuela?

Éste es el verdadero dilema de la docencia. Por eso aquí se propondrá una transformación profunda del puesto de trabajo

en el capítulo octavo. Un puesto de trabajo integral que dé tiempo a la personalización de la enseñanza.

Pero algunos cambios ya llegaron: los docentes tienen mejores sueldos hoy que hace diez o veinticinco años; tienen más alumnos que fueron a jardín y más cargos de apoyo en las escuelas. Es posible empezar a revisar las pedagogías para salir del dilema ROPS sin caer en la "lista de Schindler".

El premio es inmenso. Ver a todos los alumnos de un curso pasar juntos de grado, con altos niveles de conocimientos, con la autoestima en alza por todo lo logrado y por haberlo hecho juntos. Es una ofrenda que nadie en este mundo querría perderse y sólo los docentes pueden conseguir.

LAS ESCUELAS INOLVIDABLES

El campo de refugiados de Spittal en Austria era uno de esos lugares miserables donde se depositaban las vidas de aquellos que ya no tenían país después de la Segunda Guerra Mundial. Había sido un campo de concentración nazi y en 1945 sus instalaciones se usaban para albergar a los refugiados de Yugoslavia, los nacionalistas eslovenos perseguidos por Tito.

Muchos murieron antes de cruzar la frontera, otros eran aniquilados en fosas comunes. Los que llegaban a Spittal no tenían nada. Pero eran un pueblo. Algo los unía. Una lengua, costumbres, la desesperación.

En medio de Spittal montaron una escuela. Todos los niños, muchas veces sin haber comido, iban religiosamente a clases. El mundo se venía abajo, no sabían dónde irían a parar, no tenían casi esperanza en sus vidas. Pero iban a la escuela.

Estos viejos eslovenos tenían un culto extremo con las escuelas. Un ex supervisor de escuelas, Marko Bajuk, lideró la reconstrucción puertas adentro de los campos de refugiados.

Creó una escuela primaria, una secundaria, un coro, organizó conferencias, boletines, deportes, cursos técnicos y de lenguas extranjeras. Nadie estaba quieto, todos tenían siempre algo que hacer.

En Spittal nació mi madre en 1947. Conservo una foto de ella con mis tíos y mis abuelos en el campo de refugiados. Apenas podían mantenerse en pie. Saliendo de esa miseria mi madre llegó a ser el mejor promedio de la Universidad de La Plata, veintidós años después. En la Argentina los había recibido el peronismo, que salvó sus vidas. Seguramente esa escuela en el campo de refugiados también dejó su marca. Quizá les legó una convicción: la educación puede cambiar todo destino.

He conocido todo tipo de historias de educadores. Dejan sus lecciones. Conocí a Alberto Florio, un profesor de literatura que armó varias escuelas secundarias en las cárceles bonaerenses. Trabajé a su lado como muchos otros. Se había ganado el respeto de los presos y de los guardias. Algo extraordinario. Lo hizo con templanza, humildad y perseverancia pedagógica.

Preparaba a sus alumnos de escuelas secundarias junto a los presos para las olimpiadas matemáticas. Los alumnos hacían visitas a las unidades penitenciarias, conocían un mundo que sólo veían en la televisión, y se ponían a trabajar con los internos. Todos se convertían en pares, en alumnos.

Florio nunca dudó un instante de las posibilidades de sus alumnos. Hace unos años me contó que estaba yendo a educar en las cárceles de máxima seguridad, donde estaban los condenados de por vida. Una frase suya me conmovió. Me dijo: "Ahí también se puede educar". No era un decir. Era un hacer.

Tuve la suerte de conocer a Norma Colombatto hace unos quince años. Era una directora extraordinaria de una escuela secundaria de Villa Lugano. Era grande de cuerpo y de espíritu. Su presencia misma empujaba a la escuela día a día para conti-

nuar ante todo. Buscaba proteger a sus alumnos de la precaria existencia que los rodeaba. Trajo preceptores de la villa que entendían sus problemas y eran verdaderos líderes sociales.

No le temía a nada. Todo lo que ocurría con las vidas de sus alumnos era motivo de respuesta. Cuidando en qué comisaría o juzgado se hacía una denuncia porque no era lo mismo, poniendo reglas claras para la convivencia, abriendo proyectos educativos como motores del cambio. Éstos eran como los antibióticos de amplio espectro: capaces de preparar a sus alumnos para todo, porque justamente era imposible identificar qué podía llegar a pasarles en ese estado de fragilidad en que vivían.

En Bariloche conocí a Gente Nueva, una fundación con varias escuelas en la zona de extrema pobreza de las afueras de la ciudad. Hace años empezaron desde muy abajo. Crecieron. Siempre bajo un mismo criterio: responder con tanta fuerza educativa como sea necesario. Si la marginación atacaba el desempleo de los jóvenes, hacían talleres de oficios. Pero nunca abandonando la cultura común de la formación en las ciencias. Si veían problemas acuciantes en la primera infancia, abrían talleres para educar a las mujeres embarazadas, acompañarlas en la crianza, dar siempre un lugar de apoyo y confianza para sus más íntimos problemas. Todo aquello que ocurre en la comunidad es motivo de respuesta educativa. Nada les es ajeno. Por eso mismo son escuelas en movimiento, nunca están quietas, abren sus puertas y dan respuesta. Cuando no la hay, la siguen buscando.

Algo recorre estas experiencias: son escuelas inolvidables. Escuelas que toman los territorios. Que no encuentran límites a la educación. Son educadores que no quieren que nada ni nadie termine con las escuelas.

Existen diversos estudios sobre las escuelas que logran ex-

celentes resultados de calidad en los contextos más adversos.⁴⁶ Tres ejes son comunes en casi todas las investigaciones.

En primer lugar, el liderazgo es fundamental. Un liderazgo distribuido, que abre lo mejor de cada cual, no personalista o unidependiente. Un liderazgo democrático, que construye poder en toda la comunidad educativa.

El segundo eje es poner el centro del trabajo en los aprendizajes como respuesta a las diversas necesidades de los alumnos. Para lograrlo es vital crear climas de aprendizaje “todo terreno”. Climas de trabajo positivos, donde el colectivo docente se alimente, donde todos sientan que pueden expresarse, donde se festejan los logros de los demás.

El tercer punto es querer educar a todos. Es el deseo de inclusión. No como descarte, no porque no queda otra, sino porque el desafío de la educación es ése: responder ante todos. La inclusión educativa es una forma de conversión no religiosa. Es convertir a un niño o a un joven o a un adulto, en un alumno. Es verlo como pura potencia de aprendizaje.

Todas las experiencias que relaté están marcadas por el pulso de estos tres rasgos. Cuando se juntan, pueden cambiar la vida de los alumnos.

Una experiencia más lo demuestra, porque ya pasaron suficientes años para ver las “pruebas” en sus alumnos.

Es el caso de la escuela Serena de las hermanas Cossettini. Una de ella, Olga, era la directora de una escuela pública en Rosario en los años 1950. Todo allí seguía los ritmos internos del aprendizaje. En vez del agresivo timbre para salir al recreo,

⁴⁶ OCDE-Unesco (2010), *PISA 2009 Results: Overcoming social background – Equity in learning opportunities and outcomes* (Volume II), Organization for Economic Co-operation and Development, Paris.

se ponía música clásica. Los contornos de las materias se dibujaban tanto como surgiese de lo que se inventaba o de la pasión que abría el día de trabajo. La escuela estaba dada vuelta: totalmente imaginada, concebida y prestada a los niños.

Existe un documental sobre la experiencia Cossettini.⁴⁷ Es una de las más bellas muestras del poder de la educación. Fue realizado cuarenta años después de esta experiencia. Consiste en entrevistas a sus ex alumnos. Es revelador. Va más allá de las pruebas PISA y los estudios de calidad educativa. Muestra los efectos perdurables de una escuela primaria en la vida de sus alumnos.

Allí vemos a personas comunes y corrientes, todos ex alumnos de una escuela pública primaria. Uno es maestro, otro trabaja en el puerto, otra es artista. Pero hay algo en ellos, algo ha sido tocado. Son especiales, hay algo mágico en sus vidas. Si una escuela primaria puede dejar ese trazo cuarenta años después, imaginen lo que puede hacer un sistema educativo completo.

POR QUÉ VALE LA PENA SER DOCENTE HOY MÁS QUE NUNCA

Ser docente parece hoy más difícil que nunca antes. Se le ha perdido el respeto a la docencia. Vivimos un reino de individualismo sin ley alguna donde nadie quiere escuchar al otro. Hay un ruido ensordecedor en las aulas y en la cultura. Los docentes muchas veces hablan al vacío. Su voz se pierde lentamente en la noche de las escuelas.

Ésta es una imagen de la docencia. Es real. A veces uno se siente así dando clases. A veces las cosas funcionan, hay buenos días y otros donde simplemente el tiempo pasa. Ayuda mucho tener un buen marco institucional, un contexto más liviano,

⁴⁷ Su título es “La escuela de la señorita Olga”, de Mario Piazza.

mejores sueldos. Pero muchos sienten que la docencia se ha convertido en una profesión de riesgo. Y que ya no vale la pena. Especialmente en las escuelas secundarias, donde sobrevuela un aire de nostalgia y resignación.

Frente a este mundo, hay otra forma de ver las cosas. Quizá no estemos en caída sino en pleno renacimiento. Hay tres factores fundamentales que son únicos en la historia de las escuelas.

El primero es un efecto directo de la tercera revolución educativa, la revolución cultural iniciada hace unos cincuenta años en todo el mundo: nuestros alumnos son hoy más libres que nunca. Pueden decir lo que piensan o lo que no piensan. Son pura potencia, con menos represión y subordinación a la autoridad.

Los otros dos factores son consecuencia de la cuarta revolución educativa, la revolución digital, que se vive en pleno presente. Uno es el acceso a internet. Esto implica un cambio paradigmático de los alcances del conocimiento. Una nueva etapa histórica, tan importante como la aparición de la imprenta en el siglo XV. Internet lo está cambiando todo en la vida de nuestros alumnos y puede cambiar todo en nuestra enseñanza.

El otro es el valor de la educación en la vida de la sociedad. Nunca antes en la historia de la humanidad el conocimiento fue tan valioso como ahora. Nunca hubo tantos trabajos (en cantidad y proporción) que requieran un dominio de múltiples saberes para acceder a ellos.

Por estos tres motivos vale la pena hoy ser docente más que nunca. Estamos ante la inédita tarea de educar sujetos que viven con amplias libertades, en entornos democráticos, con herramientas al alcance de sus manos que abren infinitas puertas al conocimiento y con la imperiosa necesidad de usarlas para la vida en sociedad.

Pero hay un cuarto motivo no menos importante para ser docente: las desigualdades sociales son hoy mayores que antes. No son las más altas de la historia, pero sí han crecido abruptamente en los últimos treinta años en todo el mundo y en la Argentina. Esto hace de la docencia un oficio todavía más necesario.

Algo está pasando: una cierta inconsciencia social, un distanciamiento, un aislamiento, un vivir cada uno para sí, un poco más lejos del otro. Esto desafía a las escuelas como el lugar de lo común, de la articulación, de los lazos sociales. Les da más sentido, les da una misión.

Éste es un reto fascinante para la enseñanza. Los docentes del futuro deberán leer muy bien lo que está pasando. Con los ojos bien abiertos podrán advertir que son los grandes autores del futuro. Si logran ser traductores pedagógicos de todo lo que sucede alrededor suyo. Si logran convertirse en los propagadores de sentido de esta época.